

Publicado en la revista *Ínsula*, nº 696, diciembre de 2004.

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA LEE A RAMÓN DE BASTERRA (1941)*
un episodio de la cultura fascista española

JORDI AMAT
Universitat de Barcelona

La memoria histórica no ha sido justa con Guillermo Díaz-Plaja (Manresa, 1909 - Barcelona, 1984). Se ha simplificado su trayectoria pública durante el franquismo y varios historiadores del período han dado una lectura sesgada de su obra y su personalidad condenándolas al «limbo del desconocimiento». ¿La causa? «A nadie parece interesarle mucho la compleja hidrología intelectual que permea la vida de la cultura castellana y catalana durante el franquismo»¹, en palabras de José-Carlos Mainer. El motivo, por tanto, sería el desinterés, algo que patentiza las limitaciones que sigue arrastrando la historiografía que trata de una época plagada de matices, años que paradójicamente se han contado con un maniqueísmo de brocha gorda y falsificador.

Estas páginas las protagoniza Guillermo Díaz-Plaja y se sumergen en unos años dramáticos de la cultura europea (de 1939 a 1941, cuando parecía que nada pararía al ejército del Reich) para recordar una historia de supervivencia, miseria y venganza. Mi objetivo primero ha sido la reconstrucción de la polémica suscitada por la publicación del libro *La poesía y el pensamiento de Ramón de Bastera* (1941) de Díaz-Plaja, pero en el desarrollo de este episodio menor pueden detectarse algunos de los mecanismos de funcionamiento de la vida intelectual en España durante los primerísimos años de la posguerra. Los protagonistas son literatos –Pedro Laín, Blas de Otero, Dámaso Alonso, Eugenio

* Para llevar a cabo este trabajo he trabado con testimonios escritos –he utilizado cartas inéditas, memorias y autobiografías, y críticas de libros y artículos de opinión olvidados–, tratando de encajar las piezas de un rompecabezas que rehecho pinta un paisaje sombrío. Las cartas pertenecen al fondo epistolar de Guillermo Díaz-Plaja, fondo que cataloga la Unidad de Estudios Biográficos de la Universidad de Barcelona. Ana Díaz-Plaja, Blanca Bravo y yo preparamos una edición anotada de parte de las cartas que conforman el fondo. De todos los amigos que han leído estas páginas, agradezco especialmente los comentarios que me hizo Albert Manent.

Montes—, pero la literatura funciona básicamente como pretexto motivador de la discusión de fondo. La polémica, en último término, tiene que ver con el poder y en ella participaron quienes lo ostentaban y quienes lo perseguían.

1. Un poeta para una cultura fascista

Hombre de biografía algo misteriosa, muerto prematuramente en 1928, el diplomático bilbaíno Ramón de Basterra fue en vida un poeta y ensayista poco estudiado, que gozó de cierto prestigio. Pasaron los años, se sucedieron los regímenes y la literatura se convirtió en bandera. Diez años después de su muerte, recién terminada la Guerra Civil, la visión sobre Basterra había cambiado. Entonces era, sobre todo, un literato cuya propuesta estética e ideológica respondía a las palpitaciones de los tiempos. Falange se había apropiado de su obra para sustentar su discurso ideológico.

Como tantas otras cosas, fraguadas en silencio, la conversión de Basterra en un profeta del nuevo orden venía de relativamente lejos. Unas pocas calas bibliográficas muestran la dependencia de Basterra respecto de algunos de los nombres esenciales del tradicionalismo y el fascismo cultural español. Eugenio D'Ors, en la glosa “Dos generaciones en Vizcaya” (recogida en el volumen del año 1925 *Cinco minutos de silencio*), lo encuadraba junto a Pedro Murlane Michelena y Rafael Sánchez Mazas, entre otros, en una generación de vascos caracterizada por haberse apartado del nacionalismo y por su fidelidad a «la catolicidad de la Inteligencia, de la Roma universal...»². Ernesto Giménez Caballero, antes de la II República, escribió sobre Basterra en las páginas de *El Sol* y el año 1926 le editó el poemario *Vírulo. Mediodía* en las prensas de la Gaceta Literaria³. José María Salaverría incluyó una reivindicación y semblanza del poeta vasco en la compilación *Nuevos retratos* del año 1930. El nombre de Ramón de Basterra reapareció, en los comentarios de más de un crítico, señalado como una de las ausencias de la antología *Poesía española* de Gerardo Diego. En el número 4 de la revista *J.O.N.S.*, fechado en el mes de septiembre de 1933, José María Areilza vinculaba la obra del poeta con el discurso totalitario de Falange. La consagración definitiva de Basterra como voz de

¹ J.C. Mainer, “El ensayista bajo la tormenta: Guillermo Díaz-Plaja (1928-1941)” en *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, Barcelona, Crítica, 2003, pág. 19.

² Eugenio D'Ors, *Cinco minutos de silencio*, Valencia, Sempere, 1925, pág. 133.

³ Tengo conocimiento de este dato gracias a Marcos Maurel, cuya tesis doctoral versará precisamente sobre los fundamentos estéticos del fascismo español

Falange se produce en 1939. Aquel año la editorial Jerarquía publica una antología de sus versos – preparada por José Manuel Blecua y prologada por José María Areilza⁴– y *Vértice. Revista Nacional de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS* el ensayo breve “La herencia de Trajano”. La fortuna editorial de Ramón de Basterra, paradójicamente, se interrumpirá y durante bastantes años no se reeditará su poesía (sólo la editorial de la revista *Escorial* publicará la obra teatral inédita *Las alas del lino*).

Ante al esquemático sustento ideológico sobre el que se construía el discurso falangista, el tradicionalismo explícito en los versos de Basterra –la recurrente mitificación de Roma como cumbre de Occidente, la fascinación por la idea de imperio– facilitaba contenidos posibles para una forma de comprensión del mundo que carecía de fundamentos sólidos. Terminada la guerra, Basterra interesaba más que nunca. Interesaba, pero quedaban interrogantes por responder, faltaba un estudio exhaustivo de su obra. Faltaba aplicarle la perspectiva crítica de un historiador de la literatura. Era casi urgente rellenar un vacío esencial en la bibliografía de referencia para la nueva intelectualidad, y el profesor, crítico y ensayista Guillermo Díaz-Plaja se vio capacitado para acometer esta empresa. Su elección no era neutral (del mismo modo que tampoco lo sería, por ejemplo, la de Aranguren en su ensayo sobre la filosofía de D’Ors). Díaz-Plaja, con la publicación de *La poesía y el pensamiento de Ramón de Basterra*, debería haber logrado el salvoconducto para situarse en la primera línea de los intelectuales de la nueva época, la elite formada por falangistas que dirigiría la revista *Escorial* (el equipo cultural más activo de aquellos años).

Ocupar posiciones, sí, pero también hacerse perdonar varios episodios de un pasado muy reciente: los primeros pasos de una precoz trayectoria de hombre de letras comprometido con las palpitaciones de su tiempo, la II República y los años inmediatamente anteriores. Discípulo confeso de Eugenio D’Ors desde finales de los años veinte (algo que le convertía en un *rara avis* en la vida cultural barcelonesa), los rasgos más notables de su perfil intelectual eran la fidelidad a la pedagogía institucionista, la práctica de un sugestivo ensayismo sobre arte (literatura, pintura, cine...) y su esfuerzo por establecer puentes de diálogo entre escritores catalanes y castellanos. No se comprometió políticamente –«no sento absolutament gens la política», escribió en 1929–, pero el modelo cultural del

⁴ «Más que un tributo al espíritu de la época, sospecho que debió ser o compromiso o insoslayable cálculo». J.C. Mainer, *loc. cit.*, pag. 78.

noucentisme de Prat de la Riba, diseñado por Xènius, le fascinaba. No es un detalle menor fuera movilizado como miliciano de la cultura del ejército republicano. Tampoco lo es que desde su religiosidad liberal repudiara el genocidio clerical que había acaudillado el anarquismo desde el inicio de la guerra.

Al terminar la guerra tuvo la oportunidad de exiliarse, pero su decisión fue otra del todo opuesta. Díaz-Plaja tenía treinta años y más de una y más de dos bocas que alimentar. Tras conseguir sin excesivos problemas la rehabilitación de su cátedra, en Barcelona, estuvo en casi todas partes. Su juventud no era inconveniente (tampoco lo había sido antes de la II República) para que fuera uno de los críticos literarios más prolíficos y mejor considerados de la época⁵. Era colaborador de los periódicos *Solidaridad Nacional* y *La Vanguardia Española*, columnista del semanario *Destino*, autor de los mejores manuales de literatura para los estudiantes de bachillerato, director del Instituto del Teatro de Barcelona (fue nombrado el 12 de noviembre de 1939), ideólogo del proyecto del Instituto de Estudios Mediterráneos, y seguía profesando en el Instituto Balmes. Su actividad profesional no se limitaba, pues, a la escritura de reseñas y libros sobre literatura, ciertamente, pero sobre todo era conocido por su faceta de crítico literario. Este afán de ubicuidad exigía dosis notables de trabajo y ambición, pero también algo más. A principios de los cuarenta, forzosamente, exigía verbalizar un compromiso ideológico explícito con la ética y la estética de los vencedores. Si uno quería existir en la vida pública, sabía qué podía y qué no debía escribir. No había opción: servidumbre o silencio. El ruido atronador, exultante, del ejército vencedor anunciaba que no eran buenos tiempos para las actitudes matizadas.

Desde muy pronto quiso vincularse a la *intelligentzia* que había trabajado con Dionisio Ridruejo en el Servicio de Prensa y Propaganda⁶. Quería aproximarse a los falangistas no por afinidad ideológica

⁵ Un ejemplo. El año 1936 había ganado el Premio Nacional de Literatura con la *Introducción al estudio del romanticismo español*, publicó *Garcilaso y la poesía española* y la magnífica colección de artículos *El arte de quedarse solo y otros ensayos*, que recopilaba escritos suyos que había ido publicando desde 1930 (sobre Azorín, sobre el mito de Don Juan...).

⁶ «Llegaron a dominar el aparato de prensa y propaganda del nuevo Estado en construcción, que era mastodóntico aunque menesteroso, y dispusieron de revistas magníficamente editadas y de periódicos a los que no faltó papel incluso en los peores tiempos del hambre y la penumbra. Por otra parte, muchos de ellos vieron su nombre impreso en el *Boletín Oficial del Estado*: escalaron puestos relevantes en la administración, fueron directores generales, jefes de servicios y departamentos, ocuparon cátedras, no siempre, pero sí en muchos casos gracias a la depuración ejecutada desde los sucesivos ministerios de Educación, en manos católicas». Santos Juliá, “¿Falange liberal o intelectuales fascistas?”, *Claves de razón práctica*, 121, abril de 2002, pág. 6.

(nunca la había tenido), sino para seguir con su trayectoria intelectual desde una situación cómoda, de privilegio. La estrategia de aproximación se concretó en varios gestos. El primero, el contacto personal. Cuando las tropas sublevadas con el régimen democráticamente constituido entraron en Barcelona, Díaz-Plaja estaba en la ciudad y contactó con Ridruejo. Así lo recordó este último en *Casi unas memorias*: «durante aquellos días permanecí mucho tiempo en el despacho para cambiar impresiones con mis colaboradores y recibir a la multitud de personas –escritores, artistas y editores– que se hacían presentes a través de nuestros amigos catalanes ... recuerdo con precisión a Guillermo Díaz-Plaja y a Félix Ros, que se hicieron habituales de la casa»⁷. Pedro Laín Entralgo, que a finales de aquel mes de enero de 1939 también pasó por Barcelona, señala en *Descargo de conciencia* que Díaz-Plaja, entre otros, se incorporó a las tareas de reconstrucción de la vida cultural de la ciudad⁸.

Díaz-Plaja apostó por Ridruejo, contando para ello con el apoyo de los fundadores del semanario *Destino*. *Destino. Política de Unidad* era uno de los frutos que durante la guerra crecieron bajo el amparo del Servicio Nacional de Prensa y Propaganda. Un grupo de los colaboradores del desaparecido semanario en catalán *Mirador* (uno de las tribunas más acertadamente sincronizadas con Europa durante el período de la II República) fundaron la revista que se dirigía a los catalanes que vivían en la zona nacional. Este grupo de escritores –Ignacio Agustí, Martín de Riquer, Juan Ramón Masoliver, Carlos Sentís, entre otros– eran amigos o conocidos de Díaz-Plaja, que también había sido colaborador de *Mirador*. Ellos podían avalarle ante Ridruejo, y lo más probable es que así lo hicieran.

Tras el período bélico y una interrupción de medio año, el semanario volvió a imprimirse, ahora ya en Barcelona –«la Barcelona liberada»–, iniciando con el número 101 su segunda etapa⁹. Díaz-Plaja empezó a colaborar asiduamente en la revista desde el mes de octubre de 1939. Con el pseudónimo Sagitario, firmaba la sección "La saeta en el aire", una columna en la que comentaba la vida cultural, en un tono de neto parentesco filial con las glosas de su admirado Eugenio D'Ors. Cotejando estas "saetas" puede apreciarse una voluntad firme por otorgar a las manifestaciones artísticas –una exposición de pintura, la aparición de un libro, la conmemoración de una efeméride...– un papel destacado en la cotidianeidad y en la reconstrucción del país. Este era el primer objetivo de "La saeta en el aire". Pero

⁷ Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, pág. 167.

⁸ Pedro Laín Entralgo: *Descargo de conciencia*, Barcelona, Barral Editores, 1976, pág. 253.

⁹ Carles Geli y J.M. Huertas Clavería, *Las tres vidas de "Destino"*, Barcelona, Anagrama, 1991.

otra vertiente de la sección, no tan explícita, fue su utilización como plataforma personal de Díaz-Plaja para congraciarse con los nuevos rectores de la vida cultural. Elogios a Antonio Tovar o a Rafael Sánchez Mazas por sus artículos en revistas como *Imperio* o *Vértice*, referencias a José Antonio, la propuesta de una antología sobre "paginas de caídos"... El 25 de noviembre de 1939, en un artículo clave titulado "Crítica y jerarquía", y a propósito de Pedro Mourlane Michelena, escribía que el campo intelectual «precisa una legión de arquitectos que ordene las nuevas arquitecturas espirituales: que muestren a cuál corresponde la plaza egregia y a cuál la callecita del suburbio». Se estaba construyendo un nuevo modelo cultural y quería implicarse a fondo en él.

Díaz-Plaja aspiró siempre a una "plaza egregia" (ya fuera la cátedra universitaria o el sillón de académico). En aquel momento, ¿quiénes las ocupaban? Independientemente del nivel de compromiso con el régimen (sólo podía ser muy alto), simplificando, estaban los viejos y los modernos, gentes de antes y de después de la guerra. Los que gozaban de un prestigio logrado durante la primera década del siglo XX –Eugenio d’Ors, Azorín, Manuel Machado– y escritores ya activos durante la Dictadura de Primo de Rivera –tradicionalistas o fascistas, antirrepublicanos, monárquicos o derechistas– beneficiados por el resultado de la guerra –Eugenio Montes, Rafael Sánchez Mazas, José María Pemán. Y estaban los nuevos, jóvenes falangistas que ejercían el poder desde periódicos, revistas o cátedras universitarias. Intelectuales orgánicos del régimen como Dionisio Ridruejo, Pedro Laín o Antonio Tovar, los tres muy próximos al centro del poder efectivo.

¿Cómo formar parte de este último sector, del grupo de los nuevos, desde la periferia oprimida y con un pasado liberal? Barcelona era plaza segura para Díaz-Plaja, pero no suficiente. Igual que antes de la guerra, ahora también quería contar en la sociedad literaria de Madrid. A su favor tenía la amistad y el respeto intelectual adquirido con escritores que ahora ocupaban lugares destacados en la sociedad literaria oficial, la única que podía desarrollarse con normalidad. Tres ejemplos. Para un Eugenio Montes contaba como el que más. Se habían conocido en el Ateneo de Madrid, cuando Díaz-Plaja hacía el doctorado con Menéndez Pidal, y se volvieron a ver en Barcelona. Tras el conflicto siguieron manteniendo un modelo de amistad civilizada entre hombres de letras, al margen de las ideologías. Díaz-Plaja le invitaba al Instituto del Teatro para que diera la conferencia inaugural del curso y Montes le devolvía el gesto invitándole al Instituto de España en Portugal que él dirigía para que diera conferencias junto a la nómina más selecta del establishment cultural del momento (Gerardo Diego,

Dámaso Alonso, Dionisio Ridruejo, el catedrático de literatura Joaquín de Entrambasaguas...). Se enviaban sus respectivas publicaciones y Montes, por ejemplo, reseñó en *Destino* el libro de crónicas *Tiempo fugitivo*, extensa y positivamente. A Dámaso Alonso también lo conocía de antes de la guerra – habían paseado por las Ramblas de Barcelona durante la República–. Con Entrambasaguas participó en el crucero de estudiantes universitarios organizado por García Morente el año 1933. Pero tanto Montes como Dámaso y Entrambasaguas, eran gentes de antes de la guerra y Díaz-Plaja también quería simpatizar con los nuevos.

2. A la búsqueda de Basterra

A finales de septiembre de 1940, llegaba una carta dirigida a Díaz-Plaja en la redacción del periódico *Solidaridad Nacional*, que dirigía el escritor Luys Santa Marina (fundador de la Falange barcelonesa). Firmada de puño y letra por Pedro Laín, anunciaba la aparición de la revista *Escorial* –foro que reuniría a los más selectos escritores del momento– y le ofrecía publicar artículos que trataran «de hallar una expresión española acerca de los problemas culturales vigentes en el mundo». Incluso se detallaban las características de las colaboraciones: «Los ensayos o trabajos deben tener una extensión entre 20 y 50 cuartillas a máquina y a doble espacio. La remuneración por los mismos estará entre 300 y 500 pesetas. Las notas críticas tendrán una extensión entre 3 y 10 cuartillas a máquina y a doble espacio. La remuneración estará comprendida entre 75 y 150 pesetas». Guillermo Díaz-Plaja archivó la carta entre las suyas y quizá pensara en colocar algún artículo en la nueva revista, pero los índices muestran que nunca existió tal colaboración. Extraño. Según Gregorio Morán «no hay protagonista de cierto relieve en esa España vencedora que no pase por las páginas de *Escorial*»¹⁰ y Díaz-Plaja gozaba entonces de un merecido relieve.

Medio año antes de que recibiera la carta de Laín, lo que equivalía a una invitación para colaborar en la heredera de *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya* de los nuevos tiempos (los tiempos de la cultura fascista española), los lectores de *Destino* habían leído por primera vez el nombre de Díaz-Plaja asociado al de Ramón de Basterra. No sería la última. En el número 138, del 9 de marzo de 1940, en la sección "Secreto a voces", un breve daba cuenta de las próximas publicaciones de Díaz-Plaja:

¹⁰ Gregorio Morán, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets, 1998, pág. 103.

eran tres libros, *Tiempo fugitivo*, *Sobre el espíritu del barroco* y *La poesía y el pensamiento de Ramón de Basterra*. La obra de Basterra no era desconocida para Díaz-Plaja. Dos testimonios lo prueban. Primero: en una de las primeras cartas que le envió Eugenio D'Ors, el autor del glosario había alabado los versos del poeta vasco. Segundo testimonio: durante la guerra, Díaz-Plaja publicó el ensayo divulgativo *La poesía lírica española* (1937) en la editorial Labor y, a pesar de comentar la obra de Basterra, no había aludido a la vinculación de aquella poesía con ideologías totalitarias. La definió entonces como «poesía personalísima en expresión e ideario» y criticó algunos aspectos, estilísticos e ideológicos: «es un retórico, aunque inhábil», «en su fórmula estética hay además una mezcla de barroquismo y frigidez que yo llamaría jesuítica»¹¹. Destacaba, con matiz negativo, su proselitismo excesivo en lo político y lo moral. Ni una referencia a su carácter profético, ni una referencia a su proximidad ideológica con los principios de la Falange.

El trabajo que se propuso Díaz-Plaja -escribir un ensayo de referencia sobre Basterra- era idóneo para sus talentos como crítico literario. Le permitía «ofrecer un cuadro ideológico a mi juicio trascendental para la historia del pensamiento español contemporáneo»¹². Se enfrentaba a un autor desatendido por los investigadores y su cometido sería detectar las bases y filiaciones ideológicas de su obra y, al mismo tiempo, realizar sugestivas síntesis sobre su poética. Igual que con su polémico *Sobre el espíritu del barroco*, Basterra le permitía escribir una interpretación más «de lo que podríamos llamar la raíz cultural de nuestro país»¹³.

Si conseguía escribir un libro que fuera de referencia, debió pensar, la «plaza egregia» era suya. Para preparar el estudio, viajó a Bilbao (probablemente a principios del año 1940, poco después de la publicación de *La ventana de papel*) y se puso en contacto con Luis y Carmen de Basterra, los herederos del poeta, que le donaron todo tipo de documentación inédita (desde poemas sueltos hasta parte de su correspondencia, pasando por artículos publicados en periódicos o borradores de conferencia...) ¹⁴. Durante los días que estuvo en Bilbao, recogió testimonios orales sobre la vida de

¹¹ Guillermo Díaz-Plaja, *La poesía lírica española*, Barcelona, Labor, 1937, pág. 391.

¹² Guillermo Díaz-Plaja, “Prólogo”, *La poesía y el pensamiento de Ramón de Basterra*, Barcelona, Juventud, 1941, pág. 9.

¹³ Juno, “El develador de temas” recogido en *La obra de Guillermo Díaz-Plaja a través de la crítica en las bodas de plata del autor con el libro (1928-1953)*, Barcelona-Madrid, Edición de los Amigos para los Amigos, 1951, pág. 22.

¹⁴ Este material se lo llevó Guillermo Díaz-Plaja a Barcelona, lo utilizó para el libro (que reproduce inéditos en los apéndices) y treinta años después aún le sirvió para preparar dos volúmenes más (la primera edición de *Llama romance* y el conjunto de *Papeles inéditos y dispersos de Ramón de Basterra*).

Basterra, sus amigos y maestros, sobre la Escuela Romana del Pirineo y la revista *Hermes* (1917-1922), sobre su relación con Miguel de Unamuno, su participación en las tertulias del café Lyon D'Or que presidía el enigmático don Pedro Eguillor y Atteridge... Asistió también a una conferencia que dictó Rafael Sánchez Mazas.

También contactó con los miembros del Grupo Alea. Este grupo lo formaban unos pocos jóvenes de familias adineradas, vástagos de notables industriales, apasionados por la música y la poesía. Alea se había constituido el año 1936, insertándose en la estructura del Ateneo bilbaíno. Antes de la guerra, el grupo lo formaban principalmente Antonio Elías Mertinena, los hermanos Pablo y Antonio Bilbao Aristegui –el primero se hizo jesuita y se carteaba con Juan Ramón Jiménez-, Jaime Delclaux –que había muerto durante la guerra- y con menor intensidad, Blas de Otero. No sé si todos escribían versos, pero Delclaux y Blas de Otero sí¹⁵. Eran gentes de una honda religiosidad, inspirados en parte por el espíritu de Ignacio de Loyola, Miguel de Unamuno y el aura de Ramón de Basterra. Aquel poeta era tema recurrente en sus conversaciones, leían sus versos, los comentaban... También les mantenían unidos los poemas del amigo difunto y la voluntad de difundir su memoria; Díaz-Plaja les sugirió que escribieran sus impresiones sobre Delclaux.

Cargado de notas, ideas y papeles, de vuelta a Barcelona, siguió con su ritmo habitual, intenso, de escritura y publicaciones. Siguió con “La saeta en el aire” y publicando libros de investigación y divulgación cultural. *Las teorías sobre la creación del lenguaje en el siglo XVI* (la edición de su tesis doctoral) en *Destino*. Aquel año 1940, según la relación que ofrece el mismo Díaz-Plaja, publicó dos ensayos más: *La ventana de papel* y *El espíritu del barroco*. Encargó la conferencia inaugural del curso 1940-1941 del Instituto del Teatro a Joaquín de Entrambasaguas. Fue entonces cuando recibió la carta de Pedro Laín pidiéndole que colaborara en *Escorial*. «Espero tu pronta colaboración», escribía Laín de puño y letra.

Pasaban los meses e iba redactando el libro: seguía ocupándose de Ramón Basterra, desentrañando hasta donde podía el misterio biográfico y la poética retrógrada. Algunas de las ideas que Díaz-Plaja desarrollaría en el ensayo las fue ofreciendo en las páginas de *Destino*. El 18 de mayo,

¹⁵ Juan Ramón Jiménez dedicó el poemario *La estación total* a Jaime Delclaux y Pablo Bilbao Aristegui. Voy recopilando documentación sobre estos contactos de Juan Ramón con este grupo de jóvenes vascos, esperando poder reconstruir y determinar el alcance de esta amistad.

por ejemplo, en una de sus “saetas”, escribía a propósito de un artículo de Sánchez Mazas publicado en la revista *Vértice*: «Un hombre hay –a quien yo quiero por lo que tiene de poeta y de vidente- que supo enlazar estas dos Vasconias: la cosmopolita y la aldeana: este hombre fue Ramón de Basterra. Y su mérito especial estriba en que halló la fórmula justa de estas dos dimensiones de su tierra nativa porque supo ver –y decir con versos robustos- que su anchura se la dio España y su profundidad la espiritualidad de Roma»-. La primera frase puesta entre guiones –«a quien yo quiero por lo que tiene de poeta y de vidente»- era muestra de la progresiva apropiación que Díaz-Plaja hacía de la figura, una sensación que iría intensificándose: a principio de 1941, en otra “saeta”, escribía «mi Ramón de Basterra».

Durante la composición del ensayo, que se demoró más tiempo del acostumbrado, mantuvo la relación con los jóvenes bilbaínos del grupo Alea, seguía carteándose con ellos. Recibió una carta admirada de Blas de Otero, fechada el 11 de diciembre de aquel 1940: «Veo que tu obra está en marcha. No sé qué inquietud tenía por ella, al no saber nada hace tiempo». Por el texto, se deduce que anteriormente Otero había facilitado a Díaz-Plaja más documentación sobre Basterra para el libro. En la carta Blas de Otero adjuntó dos sonetos, los dos, creo, aún inéditos. Uno de ellos, por su vinculación con la historia que voy relatando, lo reproduzco a continuación:

A Ramón de Basterra, primer romero de España

a G. Díaz-Plaja

EN párpados de sol mármol antiguo
levanta los caminos de tu historia
y a Roma vas a remover la gloria
que ha de colmar nuestro caudal exiguo.

Suenan firmes, romero, tus pisadas
en ancho polvo y renovado espliego
empujando el vallado solariego
hacia nuevas conquistas olvidadas.

Católicas sandalias te persiguen
y ajustan a tu pie compás y forma
de apostólico cielo circulante.

De Ignacio son las rutas que te siguen
viendo exaltar, en nieblas de Reforma,
fuentes de Roma en derredor radiante.

Agosto, 1940

La figura del peregrino forma parte del abanico temático de los poetas áureos españoles y Blas de Otero la retomó en este soneto para cifrar los logros de Ramón de Basterra. En la composición está la idea de superación de lo rural –«el vallado solariego»– para avanzar hacia la plenitud espiritual que es Roma, a la que se llega mediante la guía de Ignacio de Loyola. La reivindicación de una catolicidad estricta, tridentina, es explícita en el sintagma «nuevas conquistas olvidadas» y en la apelación a la Reforma. Mientras los demás están sedientos –«nuestro caudal exiguo»–, Basterra marca de nuevo las sendas de lo verdadero andando por un camino antiguo, mostrando de nuevo su trazo olvidado. El programa de retorno al catolicismo contrarreformista que Otero veía en Basterra se ajustaba sin problema a la ideología tradicionalista a la que se suscribía el régimen.

Blas de Otero le escribió esta carta con el pretexto de que Pablo Bilbao Aristegui había pasado unos días en Bilbao, descansando de sus primeros tiempos en el Seminario de Vitoria, durante los cuales los “aleatas” –así se autodenominaban– habían charlado sobre el libro que preparaba Díaz-Plaja. Pablo Bilbao participó entonces en el ciclo de conferencias anual que organizaba Alea disertando sobre la obra de Jaime Delclaux. «Hice un estudio somero, a base de unas notas, sobre su personalidad, no ya desde un punto de vista crítico sino puramente emocional», le informó a Díaz-Plaja meses después. Bilbao había dicho de viva voz aquello que Díaz-Plaja les había aconsejado: que escribieran sus vivencias al leer los poemas de Delclaux.

Mientras escribía el libro, Díaz-Plaja estuvo atento a la recepción que suscitaba *El espíritu del barroco* («una parte considerable de esta repercusión se produjo en sentido adverso», confesó en una convincente defensa de su libro y del género del ensayo diez años después¹⁶), iba escribiendo los poemas que conformarían *Primer cuaderno de sonetos* y preparaba el volumen *Tiempo fugitivo*. Este último recogía fragmentos de su sección “La saeta en el aire” y en alguno de ellos seguía avanzando

¹⁶ Guillermo Díaz-Plaja, “Sobre *El espíritu del barroco*”, *El espíritu del barroco*, Barcelona, Crítica, 1983, pág. 88. El artículo apareció por primera vez en el libro de 1953 *Defensa de la crítica y otras notas*.

ideas que reaparecerían en el ensayo sobre Bastera (sobre la especificidad del siglo XVIII español en el contexto europeo, por ejemplo).

A mediados de 1941 debió terminar el ensayo. *La poesía y el pensamiento de Ramón de Bastera* tiene 256 páginas, incluyendo el prólogo, los apéndices con material inédito y la más extensa bibliografía que sobre Bastera se había preparado. Lo publicó la editorial Juventud. En la página tres aparecía una relación de los libros de Díaz-Plaja (poesía, ensayo, antologías, manuales de secundaria...). Entre los ya publicados y los que estaban en prensa sumaban treinta y cinco. Eran tres más que los años del autor y eso que *L'avantguardisme a Catalunya i altres notes de crítica* (1932) no aparece en la lista. No lo había olvidado, es indudable, pero la prudencia obligaba a obviarlo. Prudencia: muchos se habían otorgado la potestad de determinar la pureza franquista y se sabía que las heterodoxias no se toleraban bien. *L'avantguardisme a Catalunya*, pues, quedó fuera de la lista. Treinta y cinco eran suficientes. La circunscripción geográfica del título hubiera sido desagradable para quienes veían en la Catalunya de la II República uno de los focos claves de un período que juzgaban nefasto. El arte vanguardista también se considera infeccioso. Así era de miserable la atmósfera intelectual.

3. Recepción pública y privada de *La poesía y el pensamiento de Ramón de Bastera*

El 1 de agosto de 1941 Pablo Bilbao Aristegui le escribió a Guillermo Díaz-Plaja una carta anunciada. «Hemos leído ya tu libro sobre Bastera. Lo esperábamos con tanta ansia represada que, al menos en lo que a mí toca, esta primera lectura me ha satisfecho por entero, aunque he de volver a segundarla, con más calma, para posar tan denso contenido. Sé que a todos ha gustado, y sé también que van a escribirte con su impresión. Puedes estar satisfecho de esta obra que con tanto cuidado gestaste. Seguramente producirá bastante impresión, pues Bastera es menos conocido de lo que debiera, sobre todo en estos aspectos por ti tan agudamente expuestos. Has roto una lanza por una buena causa. Te felicito, pues, aunque ya tú me lo previniste, no esperaba que este estudio resultara tan acabado». La carta de Bilbao Aristegui no fue la primera valoración que recibía el libro.

Apenas cinco días antes había aparecido el artículo de Eugenio Nadal “El grupo del norte y Ramón de Bastera” abriendo las páginas del semanario *Destino*¹⁷. El hermano del periodista monárquico Santiago Nadal reseñaba el ensayo de Díaz-Plaja señalando que era «un libro que hacía falta para el conocimiento pleno de los antecedentes ideológicos de la gran reacción nacional que preparó el estallido del 18 de julio». Según Nadal, en “el grupo del norte” (formado por Lequerica, Sánchez Mazas y Murlane Michelena, donde «brilló con luz propia y vivo fulgor» Bastera) podía rastrearse muestras de un «carácter antirrepublicano», incluso antes de la República, que posibilitaron «la creación en toda España del movimiento espiritual de reacción que había de hacer posible la gran decisión del Alzamiento».

Tras glosar la tesis de interpretación que Díaz-Plaja ofrecía de Bastera «un ejemplar palpitante de la lucha entre el instinto y la cultura», lucha que será superada mediante la fe, Nadal plantea una lectura personal y heterodoxa de Bastera: su valor vendría de la pertenencia a una «familia hidalga de origen y arraigo rural», origen del desarrollo presente de la clase media «de la que nace, en líneas generales, la dirección del país» (una clase media que la República, según Nadal, pretendió destruir). Bastera comprendería, pues, toda «una doctrina social», pero una virtud le singularizó: «la excelencia en el manejo de la pluma no autoriza a pretender el manejo de las riendas del gobierno; cuyo mal contrario hemos padecido excesivamente los españoles en tiempos pasados» (¿es necesario aclarar que Nadal estaba desmitificando, sin que viniera a cuento, la figura de Manuel Azaña¹⁸?).

Durante aquel verano de 1941, Joaquín de Entrambasaguas le anunciaba por carta que había escrito una nota sobre el libro que publicaría la *Revista de Filología Española*. La nota, efectivamente, apareció y leyéndola es fácil de advertir la incomodidad que debió de sentir al redactarla¹⁹. Entrambasaguas destaca los elementos positivos del ensayo de su amigo —«ha realizado una monografía estimable y original», «la vida de Bastera, con que comienza el libro, está muy bien encuadrada en su tiempo», «el estudio es sistemático y se desenvuelve encauzado con acertadas

¹⁷ Puede leerse este artículo en *La obra de Guillermo Díaz-Plaja a través de la crítica en las bodas de plata del autor con el libro (1928-1953)*, págs. 81-85.

¹⁸ El papel que juega Manuel Azaña en la reconstrucción mitificadora (o desmitificadora) de la II República ya ha sido analizado con tino por Blanca Bravo en *La fragua de un mito: la II República en el memorialismo español contemporáneo (1939-2000)* (tesis doctoral inédita).

¹⁹ Joaquín de Entrambasaguas, “DÍAZ-PLAJA, Guillermo. —*La poesía y el pensamiento de Ramón de Bastera*”, *Revista de Filología Española*, Tomo XXV, Julio-Septiembre 1941, págs. 426-428.

normas»—, pero no calla los defectos del mismo —«a veces la contradicción de la obra de Bastera se comunica a los comentarios de D.-P., a menudo algo traídos por los pelos»— y reproduce, añadiendo irónicos signos de exclamación, las frases del libro que delatan con ingenua claridad «la manifiesta oportunidad política»²⁰ de la empresa de Díaz-Plaja:

¿Qué puede extraerse de una seudofilosofía confusionista como la de Bastera? Pues una superación sin filosofía, más grave aún. Si Bastera dedica un libro “A la España renaciente (!) de Don Alfonso XIII, que resume el propósito civilizador de la Casa de Borbón (!!), y a la Junta para Ampliación de Estudios...”, D.-P. comentará, embalado por esta alfombra circense: “Transportado este dualismo al momento actual, ¿no abriga análogo anhelo de superación el fenómeno de unificación entre las fuerzas históricas y las revolucionarias que constituyen la Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.? Bastera, que fue un profeta, sería hoy un militante (!!!)”.

Así está escrito. Y cuando lo leemos, y entendemos, con dificultad estupefacta, llega a asaltarnos la duda de si habremos leído demasiado tiempo seguido y se nos nublan, con la vista, las ideas. ¡Pero impreso está!...

Vale la pena detenerse en otra afirmación de Entrambasaguas, reveladora de la inestabilidad sobre la que se sustentaba el andamiaje ideológico de los discursos del poder cultural franquista. Tras aludir al «lastre terrible del fin de siglo que arrastra siempre a Bastera», Entrambasaguas apunta que «Tal vez el propio D.-P., que lleva muy cosido a los forros de su alma el espíritu de la “generación del 98” —en su aspecto literario y no en el ideológico, gracias a Dios-, no percibe como yo, que me siento tan extraño a ella, esta corriente subterránea que se descubre en la obra de Bastera». Al hablar del aspecto literario supongo que el crítico debía referirse a la práctica del ensayismo o de la prosa de ideas que apostaba por la sinceridad estilística, en expresión de Gabriel Ferrater.

Pero, ¿cuál era el «aspecto ideológico» del espíritu de la “generación del 98” que, por Dios, debía evitarse? La connotación negativa del 98 puede sorprender relativamente a quien no esté familiarizado con esta cuestión historiográfica, pero deja de extrañar si recordamos que Entrambasaguas debió de escribir esta reseña a mediados del año 1941. El 98 seguía estigmatizado —por pesimista y agnóstico, fundamentalmente—, los intelectuales de Falange aún no habían desactivado la carga heterodoxa del regeneracionismo finisecular, una desactivación que les permitiría integrarlos

²⁰ J.C. Mainer, *loc. cit.*, pág. 33.

en su propio discurso ideológico²¹. Entrambasaguas, por si acaso —eran tiempos de silencio, pero sobre todo de mucho miedo—, se desmarcaba del 98 ideológica y literariamente.

A pesar de que se destacaran elementos positivos del libro, no era una reseña favorable para Díaz-Plaja y lo más alarmante es que Entrambasaguas había explicitado lo que una lectura superficial del libro delataba: el oportunismo. La siguiente reseña del libro sería todavía más negativa. Fue en *Escorial* y el palo, severísimo²². Independientemente de que el libro fuera más o menos bueno (cuando leí el libro para escribir este artículo, me pareció un ensayo divulgativo que aportaba datos e ideas de interés), a Díaz-Plaja se le iban a cerrar las posibilidades de ocupar una «plaza egregia» vinculada al grupo falangista. “Un libro sobre Bastera” era el título de la vengativa reseña firmada por una enigmática G. que apareció en el número de octubre de la revista *Escorial* de 1941. Y digo vengativa porque de ninguna otra manera podría explicarse el tono despreciativo del texto. A lo largo de tres páginas, G. ajusta cuentas con el libro, la obra entera de Díaz-Plaja y con la biografía del autor.

La crítica está muy bien estructurada. El primer párrafo y el último no dicen nada del libro, sino que ironizan y denuncian el nivel alto de producción de Díaz-Plaja. Me detengo ahora en algunas frases del primer párrafo. «El Sr. Díaz-Plaja ha publicado ya el volumen treinta y seis de sus obras completas». Así se abre el texto, con una fórmula de tratamiento distanciada y utilizando una ironía escasamente sutil. Tras etiquetarlo de «polígrafo» —no historiador ni crítico ni ensayista—, G. realiza una consideración de orden moral sobre el libro: «la labor es meritoria; o, mejor, es meritorio el intento». Después, un anuncio de lo que vendrá: «antes de hilvanar la serie de elogios con que ahora se recibe cualquier libro, vamos a ponerle ligeros, casi imperceptibles reparos». ¿Ligeros e imperceptibles? La adjetivación irónica era el preludio del ataque desmedido.

La parte central de la reseña está dividida en tres bloques argumentativos (cada uno de los cuales está numerado). G. defiende en el primer bloque que «para poner en orden un pensamiento ajeno es imprescindible la ordenación previa del propio pensamiento». La ordenación del pensamiento pasa, según G., por la adquisición de una cultura sólida y por una «adecuada disposición hacia sus fines [aquí

²¹ Dionisio Ridruejo acababa de publicar su famoso prólogo a las poesías completas de Antonio Machado mintiendo, infravalorando a Juan de Mairena y, al mismo tiempo, desactivando el potencial éticamente disolvente en el contexto del modelo cultural fascista de la lírica machadiana. Pedro Lain Entralgo aún había escrito *La generación del 98*, cuya primera edición (más mistificadora que las posteriores) es del año 1945.

²² G., “Un libro sobre Bastera”, *Escorial. Revista de Cultura y Letras*, Tomo V, octubre 1941, págs. 150-153.

G. parafrasea a Díaz-Plaja] ... en relación con la propia vida». De nuevo, apela a una cuestión moral ajena al valor del libro. G. duda de la solidez de la cultura del «polígrafo» porque una de las tesis defendidas en el ensayo es la oposición (que Basterra superaría según Díaz-Plaja, tesis explícita que el crítico olvida) entre cultura y religión por una parte e intelecto e instinto por otra, algo que se opondría a la «experiencia religiosa común» (que no ve extraña la relación entre cultura, religión, intelecto e instinto). Apoyándose en la falaz apelación a la «experiencia común», el crítico sigue atacando en lo personal afirmando que el error teológico incluido en el libro no debe tener nada que ver con la experiencia religiosa «que el Sr. Díaz-Plaja pueda haber personalmente vivido» (un comentario sólo comprensible si la pluma la dirige la mala intención). No era inocente sugerir que la fe del autor de un libro estuviera contaminada de cierta heterodoxia.

El segundo argumento que aporta G. para cargar contra el ensayo es de carácter estilístico. Según G., el análisis en profundidad de «un estilo literario» exige «ser maestro en el idioma», algo que no está al alcance de Díaz-Plaja ya que «este libro está escrito con la torpeza de quien no escribe en lengua materna, sino en idioma de extranjería». En otras palabras, sin usar la máscara casi transparente: Díaz-Plaja no estaría capacitado para dicho tipo de análisis porque su lengua materna era el catalán. Argüir en contra de un escritor mediante esta otra falacia –ya van dos: ¡quién sabe si agnóstico y, por si era poco, catalán!– tampoco era nada inocente. Díaz-Plaja había tendido y tendería puentes de diálogo entre escritores de todas las lenguas de España (también de la cultura hispánica, desde Hispanoamérica hasta los sefardíes), pero a la altura de 1941 sólo la pureza ideológica posibilitaba la presencia en la vida pública y Díaz-Plaja –«quien profesa diariamente Lengua castellana en una Institución del Estado y escribe libros de texto para uso de escolares»– llevaba en los genes la catalanidad.

El tercer bloque argumentativo es el más extenso y trata sobre el contenido del libro. Según G., para realizar la «operación de crítica, análisis y relación» que se propone Díaz-Plaja sería necesario «tener: ideas claras sobre la cultura y una información mínima y precisa». Que Díaz-Plaja no reunía en su *praxis* ninguna de las dos cosas, según el reseñista, podía verse en varios ejemplos concretos y por el uso de lecturas que «van quedando muy retrasadas», como por ejemplo Spengler. *La poesía y el pensamiento de Ramón de Basterra* era, consecuentemente con la argumentación de G., el resultado de no tener las ideas claras, el mismo defecto que podía verse en el ensayo de 1940 *Espíritu del barroco*

(donde había aventurado, en el capítulo “Un posible factor racial en el Barroco”, la idea de que lo judaico podía ser un elemento constitutivo de la estética barroca). Las aventuradas conclusiones de Díaz-Plaja convertían el libro en «un camelo». A la falta de claridad debía sumarse la ausencia de «el hombre que dé peso y valor» a dichas conclusiones. De nuevo, otro ataque a la persona sin justificaciones textuales.

G., situándose en una perspectiva soberbia, culminaba su ataque utilizando la misma arma con la que había empezado: la irónica constatación de la fecundidad literaria imparable de Guillermo Díaz-Plaja. La crítica se cierra con una admonición. «¿No estaría bien que el Sr. Díaz-Plaja aplomase un poco su derramada producción? Tal vez se enoje con este consejo, y hará mal. Su propio bien y el de las letras españolas lo están pidiendo con agobiada voz». He leído muy pocas reseñas tan malintencionadas.

Díaz-Plaja debió hacerse muchas preguntas: ¿quién se escondía tras la G.? ¿qué podían tener en su contra? ¿no le había invitado *Escorial* a participar? En los ilusionadores días de la «Barcelona liberada», ¿no le había quedado claro a Pedro Laín –el director de la revista– que él quería colaborar en el proyecto cultural del nuevo régimen? Si no era una maniobra de ataque, Laín hubiera debido censurar aquella reseña. ¿Por qué la había tolerado? Díaz-Plaja no pudo quedarse de brazos cruzados y se dispuso a polemizar. Supongo que escribió una carta agresiva acusando a Laín de haber faltado a la amistad que en principio mantenían. Lo supongo, pero no puedo afirmarlo con rotundidad porque el contenido de dicha carta sólo puedo inferirlo de la respuesta de Laín que sí se conserva en el archivo Díaz-Plaja. No está fechada y la reproduzco entera:

Por un acto de cortesía espontánea, porque la cortesía es en mí una segunda naturaleza, hice el saludo a que se refiere la carta que acabo de recibir. Pero lo cierto es, según veo, que a veces no vale la pena ser cortés.

En lo que atañe a la crítica de *Escorial* –que tiene su autor, aunque este compendiasse la firma en un monograma–, prefiero no entrar. No es esta ocasión de examinar el estilo de la crítica ni mis personales acuerdos y desacuerdos con ella.

En cambio, me interesa apostillar esa “irrevocable hostilidad” que se me declara. Parece que no es nueva entre nosotros. Porque si “hostilidad”, como dicen los profesores de lengua española, viene de “hostes”, el enemigo en la guerra, hostilidad más o menos irrevocable sentían contra mí, que a la sazón trabajaba en Burgos, todos los que expresaron con su firma entera -no con monogramas- su alegría por la reconquista de Teruel que hicieron las tropas de Negrín. Desde 1938 conocía esta nada liviana hostilidad. Luego, en los primeros días de

Febrero de 1939, la olvidé voluntariamente respecto a alguno. Pero, por lo visto, hay “hostilidades irrevocables”.

Cuánta, cuánta guerra. A finales de 1941 la guerra seguía siendo presente y la toma de partido durante el conflicto, al margen de las convicciones, condicionaba la visión que se tenía de las personas, como muestra este documento (documento, por cierto, que Díaz-Plaja nunca rentabilizó para mostrar credenciales de liberal).

Desconozco la existencia de un manifiesto en el que Díaz-Plaja u otros escritores se alegraran por la «reconquista de Teruel», pero su existencia es más que probable y no me parece nada extraña. Lo sintomático y revelador es que Laín percibiera un texto de estas características como un gesto de hostilidad hacia su persona, algo que implicaría lo inseparable de su individualidad con la pertinencia al ejército de Franco. El recuerdo de la actitud tomada durante la guerra para enjuiciar las conductas presentes era un planteamiento de la convivencia en la posguerra que se alejaba de la tolerancia y respeto por el que apostó y apostaría Díaz-Plaja. Sus argumentos en el esbozo de respuesta a la carta de Laín (tampoco sé si la envió) insisten en la queja por no haber modificado el tono de la reseña y denuncian que los términos de la polémica se sitúen en un plano político y no en los de valoración del libro concreto. Reproduzco también este esbozo:

Quien siente la cortesía como una forma espontánea de su espíritu está obligado, con mayor motivo, al sentimiento de la amistad que –creía yo- se había establecido entre nosotros como acto de mutua comprensión y de comprensión mutua. De haber existido ésta por su parte, Vd. no hubiese tolerado en su revista, no un artículo de carácter reprobatorio –perfectamente lícito- sino un ataque personal de tal carácter como no se recuerda en la vida literaria española. Esta ha sido mi queja y este mi disgusto. ¿Le parece raro que yo lamente que la amistad que nos unía tuviese límites tan estrictos que no alcanzara ni a exigir para ese artículo las líneas de caballerosidad que exige en cualquier país y en cualquier momento, la convivencia entre hombres cultos? ¿Es que la revista *Escorial*, que me había invitado a colaborar –por cierto, con una cariñosa apostilla de apremio de su puño y letra-, podía dar cabida a ese tono inaudito sin que la dirección contrajese una responsabilidad moral ante mí y ante los colegas que han expresado su disconformidad con este burdo ataque?

Ante ello Vd. declara que prefiere no entrar en el asunto y, en cambio, me [convierte] Vd. esta desavenencia personal en polémica colectiva y política, terreno en el que Vd., por lo visto, se siente más fuerte...

Para cerrar la herida, Díaz-Plaja escribió una «Carta abierta al Sr. G.», en su columna “La saeta en el aire” de la revista *Destino*, haciendo pública la existencia de una crítica que en realidad era «un ataque personal». De G. decía que había «conseguido escalar en una importante revista madrileña» para «disparar contra sus libros» y seguidamente, en siete puntos, rebatía los argumentos de la reseña y concluía escribiendo que «8. con esto considero liquidado este incidente minúsculo y me prometo no acudir –aunque lo desee el señor G.- a ninguna liza polémica». Para evitar confusiones firmó con el pseudónimo al tiempo que revelaba su identidad. “Sagitario”, por si alguien aún no lo sabía, era “Guillermo Díaz-Plaja”.

No sé qué consecuencias tuvo la polémica a corto plazo para Guillermo Díaz-Plaja (siguió profesando en el Instituto del Teatro y en la cátedra de secundaria, siguió escribiendo en las páginas de *Destino* y sus manuales de literatura), pero el reconocimiento público que podría haber conseguido entonces y que tanto le satisfacía le llegó mucho más tarde, a mediados de los años sesenta, cuando la cultura de oposición al régimen –que dirigían los niños que aprendieron en sus manuales– ya era la oficializada. Conseguir una «plaza egregia» en aquel momento significaba hipotecar el crédito que podía otorgársele en el futuro, con independencia del valor de su obra.

4. La opinión de Dámaso Alonso

Luis Perales, pocos números después de la «Carta abierta al Sr. G.», escribió en *Destino* (que seguía subtitulándose *Política de Unidad*), el artículo "Sobre las letras en 1941", un balance del año literario. Perales, resumiendo, destacaba la cantidad de traducciones y antologías publicadas, la escasez de literatura de imaginación y «el incremento de la investigación erudita y el ensayo crítico». De la tendencia erudita y ensayística, singularizaba el libro *Medicina e Historia* de Pedro Laín Entralgo y seguidamente enumeraba otros títulos destacados (*El Imperio de España* de Antonio Tovar, *Recuerdos de Fernando Villalón* de Manuel Halcón, la obra de Ángel Valbuena sobre Calderón). También recordaba el libro de «Díaz-Plaja sobre Bastera».

Después de todo, así acabó aquel ensayo: siendo un libro, uno más, entre otros muchos. *La poesía y el pensamiento de Ramón de Bastera* fue tan sólo un título en la bibliografía de Guillermo Díaz-Plaja, otro renglón en una extensa lista. Y lo más desafortunado es que Ramón de Bastera, en muy poco tiempo, perdió su alta cotización en la bolsa de los valores literarios. En la medida que los

constructores del andamiaje falangista fueron desprendiéndose del lastre totalitario (en paralelo al descalabro de las fuerzas del eje), Basterra dejó de interesar. La vitalista prosodia que ensalzaba el imperio desafinaba y el grupo de intelectuales que había capitalizado *Escorial* fue integrando en su discurso líneas ideológicas liberales (la generación del 98, por ejemplo). Siguió ocupando las «plazas egregias», pero su discurso fue modificándose y adaptándose no a la coyuntura, sino a las necesidades de refundación de un estado que en lo cultural iría introduciendo, poco a poco, simientes liberalizadoras.

La trayectoria pública de Díaz-Plaja avanzó por otros derroteros. Fiel a las constantes de su biografía, siguió insistiendo en unas líneas de trabajo muy parecidas a las que había desarrollado ya durante la II República. Siguió con los manuales para bachilleres, con su presencia en los periódicos, escribiendo libros sin freno, apostando por el diálogo entre todas las literaturas peninsulares. Siguió fiel a los mismos maestros y a los mismos amigos, e incluso con el tiempo mantuvo una amistad muy civilizada con Pedro Laín (como he podido observar en el fondo epistolar Díaz-Plaja).

Una carta inédita de Dámaso Alonso sin fechar, pero que forzosamente debió escribir poco después de la polémica, resulta idónea para poner fin a esta triste historia. La reproduzco parcialmente:

Mucho tiempo fugitivo de por medio, y supongo que tú estarás furioso con este señor de Madrid, que ni agradece los envíos (pero, ¿y aquella solapa?). Y en ese tiempo, la arremetida en *Escorial* contra ti. Soy sincero siempre: el autor de la arremetida es persona que conmigo se ha portado bien siempre (si me hubiera consultado, le hubiera disuadido de publicar esa nota discordante). Cuando apareció, pensé escribirte en seguida. Que la nota me parecía mal se lo he dicho a todo el que me ha querido oír, incluso al propio autor, que, repito, es amigo mío ... La otra cosa no es sino volver al artículo de *Escorial*. Te repito que me ha parecido mal, y que si a tu literatura se le pueden hacer reservas (y yo se las haría, si hubiera de criticarla), lo que no se puede hacer es emplear ese tono. Tú puedes escribir mucho o poco, lo que te dé la gana. Una cosa cierta hay, y es que aquí donde somos cuatro gatos y mal avenidos, tú eres de los pocos que *saben el oficio* y que tienen ingenio y rapidez para ejercerlo; eres uno de los pocos que pueden escribir con rapidez casi de periodista, pero con un fondo cultural mucho más denso y bien estribado. Estas cualidades y tu ponderación, tu conocimiento de que la cultura no es una guerrilla y la crítica no puede ser un contrabando, de que hay un sistema universal al cual sólo los genios pueden hacer la higa (pero aquí sería genio cada hijo de vecino), y al que nos hemos pues de someter, te hacen a ti el fuerte y el que vencerá. No te preocupes demasiado de esos incidentes.

